



Calpurnia a veces cedía en la esperanza de que la señorita Emérita sonriese aunque fuera un poquito menos que con la intervención de su alumna preferida; y, a veces también, lo lograba y veíamos entonces cómo sus labios finos — siempre un poco reseco porque se los mordisqueaba — se distendían en aquella mueca que Genoveva decía que no es que fuese muy tranquilizadora ni muy cordial aunque, no quería ella pecar de intransigente, podría valer.